

Cultura política: Democracia y autoritarismo en México

Héctor Tejera Gaona*

El propósito de este artículo es realizar un balance de dos posiciones con relación a las perspectivas democráticas en nuestro país; por una parte, aquella que sostiene que la cultura política mexicana es el principal obstáculo al proceso de democratización; y, por otra, la que afirma que es el carácter autoritario del Estado mexicano la traba fundamental a dicho proceso. Igualmente, realizar algunas propuestas sobre algunos aspectos a tomar en cuenta al estudiar la cultura política

desde una perspectiva antropológica.

La estrategia de partir del estudio de los principios democráticos o autoritarios que culturalmente manifiestan los diversos sectores de la sociedad, o aquella que toma como base el interés o posibilidad de los ciudadanos de incidir en una estructura de poder autoritaria o democrática no nos parecen estrategias fructíferas para determinar en qué grado la cultura política y el autoritarismo han sido impedimento para la democratización del país. Estas estrategias implican un retorno a los estudios inaugurados por Almond y Verba los cuales presentan una serie de limita-

* Antropólogo. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México, D.F. Deseo agradecer los comentarios de Adriana Konzevik a la versión preliminar de este trabajo.

ciones. Por ejemplo, sin reparar en los problemas de ubicar a la participación como una condición para propiciar la democracia, recordemos que para dichos autores la población clasificada como *parroquial* o *localista* -con la carencia absoluta de ciudadanos *participantes*¹ es concomitante a la presencia de regímenes autoritarios. ¿Acaso la concurrencia política de organizaciones tales como las de supuestos padres de familia contribuyen a generar ambiente democrático en nuestro país? Desde mi perspectiva, dicha contribución debe evaluarse, entre otros, analizando si representan a individuos provenientes de diversos sectores de la sociedad, pero, principalmente, si sus integrantes al actuar se adscriben a reglas comunes de juego donde se establecen los derechos y obligaciones necesarios para convivir en un marco democrático.² Ante la ausencia de dichas reglas, o el acatamiento de las mismas por sólo una de las partes en conflicto, resulta difícil afirmar que la cultura política de la sociedad civil contribuye a generar espacios democráticos.

En realidad, una inadecuada asociación entre democracia igual a sociedad civil y autoritarismo igual a Estado ha contribuido a generalizar la percepción de que la cultura política en el país se encuentra escindida en -parafraseando a Julian Steward- dos nú-

cleos culturales: el correspondiente al ámbito estatal y el perteneciente a la tan trillada sociedad civil³. Desde esta perspectiva, la cultura política se explica como un modelo para armar, donde se clasifican los elementos característicos a cada uno de dichos núcleos y se realiza el ejercicio de establecer su relación.

Ante la diversidad cultural y política de nuestro país, es probable que la cultura política esté integrada por una serie de valores, práctica y significados desarticulados y no codificados, que son retomados por los grupos en conflicto con el propósito de obtener ciertos resultados en su beneficio.⁴ Así, dependiendo de las circunstancias, las acciones y actitudes políticas podrán inclinarse hacia el autoritarismo o la democracia. Es factible suponer que, en realidad, las posiciones

³ Roberto Gutiérrez advierte que en México "ha jugado un papel muy importante el manejo inapropiado de la categoría de la sociedad civil. En ella, y de forma sobreideologizada, se ha querido ver la materialización de un espíritu antiautoritario y reivindicativo, portador de los valores de la solidaridad, la igualdad y el respeto. Por ejemplo, el comportamiento de segmentos de la sociedad civil en situaciones de excepción -San Juanico, sismos del 85- e ha extrapolado injustificadamente para caracterizar los patrones de comportamiento cotidianos de la ciudadanía bajo cualquier circunstancia. A partir de dicha lógica, la sociedad civil es vista como radicalmente escindida de una institucionalidad política que habría quedado totalmente rezagada frente a los reclamos sociales. En un esquema de esta naturaleza, la atribución de todo tipo de virtudes a la sociedad civil, y todo tipo de vicios al Estado, no son sino las dos caras de una moneda en la que no queda espacio para el análisis objetivo". Roberto Gutiérrez. "La Cultura Política en México", ponencia presentada en el Seminario de Cultura, DCCP/CNCA, México, Julio de 1994, p. 32.

⁴ Martin Lipset, op. cit., p. 29.

¹ John A. Booth y Mitchell A. Seligson. "The Political Culture of Authoritarianism in Mexico: a Re-examination" en *Latinamerican Research Review*, Vol XIX, No. 1, 1984, p. 106.

² Martin Lipset, *El hombre político, las bases sociales de la política*, Ed. Tecnos, Semilla y Surco, Buenos Aires, 1987, p. 20.

autoritarias o democráticas de las organizaciones sociales y políticas parecen depender más de las condiciones específicas del conflicto, que a principios generales derivados esencialmente de la formación histórica y la experiencia cotidiana de ciertos sectores.

Esta concepción sobre la dinámica de la cultura parecería contraponerse, por ejemplo, con la sostenida por Guillermo de la Peña cuando metodológicamente elabora cuatro tipos ideales de la cultura política -la clientelística, la liberal, la proletaria y la comunitaria⁵ los cuales utiliza como

⁵ A cada una de ellas corresponden diferentes características, mismas que determinan la relación que se establece con el Estado o el poder. Es el caso de quienes participan de la primera, la cultura clientelística, consideran que sus posibilidades de obtener bienestar están sujetas a reglas difusas, fundamentalmente con los favores que la clase política puede dispensar. Las relaciones locales, regionales y aun nacionales son clientelares, y pueden ampliarse del ámbito personal al institucional. Esta forma de cultura política recuerda a los grupos campesinos o indígenas que se *ponen la cachucha* de la institución o partido político que les ofrece beneficios mientras, en efecto, los obtengan. Una muestra de la suplantación de los sistemas clientelares tradicionales por instituciones federales es la relación establecida entre los indígenas y campesinos con el INI y el desaparecido Pronasol. La cultura política liberal se distingue por la expectativa de que el Estado establece las condiciones para que se desarrollen las potencialidades de cada individuo. Quienes participan de ella, consideran necesario que el gobierno determine reglas claras para el ejercicio del *laissez faire* social. El tercer tipo de cultura política, la propietaria, manifiesta los principios establecidos por el socialismo. La pobreza es resultado de la explotación o acaparamiento de la riqueza por parte de un poder. Por último, la cultura política comunitaria se expresa en la cohesión de un grupo unido por tradiciones y vínculos afectivos donde, en términos generales, las posibilidades de sobrevivencia descansan en la solidaridad de sus integrantes frente a las necesidades de la comunidad. Las relaciones con el poder pueden establecerse con base en la

recurso heurístico para el análisis de los sectores populares en Guadalajara.

Podría desprenderse de su propuesta que una forma de abordar las características que tiene la cultura política, se sustenta en la clasificación de sistemas culturales diferenciados. Sin embargo, el propio autor reconoce que: "los valores proclamados en los distintos modelos -aunque resulten contradictorios entre sí- a menudo se combinan en el discurso de un mismo informante"⁶. Por tanto, si bien formula *culturas políticas* como un recurso para la investigación empírica, no las emplea como estrategia clasificatoria ni asocia éstas con ciertos sectores sociales. Así, coincido con él en cuanto a la caracterización de la cultura política: por una parte, que ésta no se presenta como una unidad o entidad homogénea e integrada, sino como un conjunto heterogéneo y desarticulado de valores, actitudes y acciones. Por otra, en que la cultura política es dinámica como resultado de la interpretación y reelaboración por parte de entidades sociales distintivas de concepciones que se encuentran relacionadas con el ejercicio y estructura del poder.⁷

respuesta efectiva para satisfacer dichas necesidades comunes. Guillermo de la Peña, "La cultura política en los sectores populares de Guadalajara", en *Nueva Antropología*, No.38, Octubre de 1990, México, p. 84-85.

⁶ Guillermo de la Peña, op. cit., p. 85.

⁷ Esteban Krotz, "Hacia la cuarta dimensión de la cultura política" en Iztapalapa, No. 12-13, enero-diciembre de 1985; en Roberto Varela, "Estudios recientes sobre cultura política en la Antropología Mexicana", ponencia presentada en el Seminario de Cultura, DGCP/CNCA, Julio de 1994, p.5.

En el estudio de la cultura política, nos enfrentamos al problema de que en las sociedades contemporáneas el conflicto social se encuentra matizado por la existencia de un hombre que vive un mundo multisemántico -uno de los aspectos a rescatar del posmodernismo- que hace cada vez más difícil pensar en la presencia de unidades socioculturales y políticas con cierto grado de homogeneidad que permita construir unidades culturales o identitarias.

No obstante no había que desechar la posibilidad de que las *culturas políticas* en México -si fuera posible hablar de ellas- si bien no están integradas por elementos que puedan adscribirse a ciertos sectores sociales en particular, muestran otros que forman parte de la cultura nacional.⁸

La eficacia de la acción política parece estar relacionada con las *cartas de acción social* que discursivamente se elaboran con el propósito de justificarla. Estas *cartas* hacen referencia a valores tradicionales, pero también construyen o reconstruyen a partir de nuevos campos de significación. La cultura puede manipularse como un medio para alcanzar ciertos objetivos políticos a través del proceso de objetivación cultural. Norton afirma que la objetivación es el proceso mediante el cual un grupo social elabora un discurso que enfatiza aspectos específicos de la vida cotidiana, y le permite

construir una identidad distintiva,⁹ autoafirmando su posición política.

Partiendo de los principios generales ya expuestos sobre las características de la cultura política, el quehacer de la antropología que la estudia, debería contemplar el realizar algunas precisiones sobre la construcción de este universo simbólico, buscando los elementos que se expresan en el ejercicio del poder en y entre diferentes grupos sociales, así como en cuanto a su relación no solamente con las estructuras institucionales, sino también con aquellas que no están formalizadas; esto significa que lo político no es exclusivo al ámbito de las instituciones donde se ejerce la política de manera formal, ya que habría que considerar que el ejercicio cultural de lo político -del poder, si se quiere- impregna todos los ámbitos de la vida social. También debería analizar las transformaciones en el poder, su ejercicio en ámbitos determinados y su papel en la formación de identidades políticas en relación con el carácter centralista del Estado. Igualmente, debería estudiar cómo los rituales y símbolos reafirman el control político,¹⁰ tomando en consideración que es en la dinámica de las relaciones sociales donde se reformulan las relaciones del poder.¹¹

⁹ Robert Norton, "Culture and identity in the South Pacific: a comparative analysis", *Man*, Vol. 28. No. 4. December, 1995. p.742-743.

¹⁰ Marc Abéles. "Anthropologie politique de la modernité". *L'Homme*, No. 121, janvier-mars, 1992, Vol. XXXII (1), p.17.

¹¹ Marc Abéles, op. cit., p. 19 y Regina Bendix, "National sentiment in enactment and discourse of Swiss political ritual". *American Ethnologist*, vol 19, no. 4, November, 1992, p. 770. Véase también Marc Abéles, "Modern political ritual. Ethnography of and

⁸ Esteban Krotz, "Aproximaciones a la cultura política mexicana como fenómeno y como tema de estudio", ponencia presentada al Seminario de Cultura DGCP/CNCA, México, Julio de 1994, p. 27

En los últimos años encontramos una asociación estrecha entre cultura política y procesos electorales, que ha provocado un énfasis especial en el aspecto racional evaluativo de los procesos políticos. Como resultado, ha disminuido la importancia que pueden tener cuestiones tales como los afectos y las tradiciones. Esto es comprensible si tomamos en cuenta que los procesos electorales no solamente pueden cuantificarse, así sean matizados por factores como el fraude, el voto corporativo y la compra de votos¹² sino que, además, tienen un impacto directo sobre la organización política del país. Sin soslayar la importancia que en el ámbito nacional tienen los procesos electorales, lo cierto es que existe una marcada inclinación a convertirlos en el campo privilegiado de análisis, muy probablemente debido a las dificultades para avanzar en el estudio de la *dimensión subjetiva* de la vida política;¹³ de la explicación de las relaciones políticas a partir de lo racional-cognitivo, tradicional y afectivo. Tomando en cuenta, además, la constitución histórica de los sujetos, organizaciones sociales y políticas, su estructura y funcionamiento actuales,¹⁴ y estableciendo los factores que intervienen en la formación de las identidades políticas.

inauguration and a pilgrimage by president Mitterrand". *Current Anthropology*, Vol. 29, n. 3, June, 1988.

¹² Esteban Krotz, "Aproximaciones a la cultura política", *op. cit.*, p. 21-22.

¹³ Esteban Krotz, "Aproximaciones a la cultura política...", *op. cit.*, p. 20.

¹⁴ Roberto Gutiérrez, *op. cit.*, p. 9.

Sin embargo, la tendencia a subsumir la cultura política al comportamiento electoral parece ser resultado de los obstáculos que presenta el estudiarla desde la dimensión subjetiva. Por ejemplo, Lechner afirma que:

Una de las dificultades del estudio (de la cultura política) consiste precisamente en ponderar la relación entre las pautas establecidas, transmitidas mediante largos procesos de socialización, y las nuevas ofertas de interpretación, aportadas por los productores de sentido de diversas índoles. Ante todo en períodos tan convulsionados y opacos como suelen serlo los procesos de transición, resulta extremadamente difícil especificar en qué medida lo *nuevo* significa rupturas o adaptación de valores y hábitos arraigados.¹⁵

Consideramos que el autoritarismo y la democracia son dos caras de la misma moneda de la cultura política, más que una característica propia de determinados sectores. No obstante, no resulta difícil definir el sistema estatal mexicano como autoritario, centralizado y limitado en cuanto al acceso y control políticos, tampoco sería demasiado complicado elaborar un largo listado de los rasgos autoritarios del Estado en su relación con la sociedad mexicana. Rasgos del autoritarismo que manifiesta el discurso de los grupos ubicados en el poder político son, por ejemplo, el empleo de las tres deidades: estabilidad, desarrollo

¹⁵ N. Lechner, "Presentación", *Cultura Política y Democratización*, FLACSO, Santiago de Chile, 1987, p. 11, en Roberto Gutiérrez, *op. cit.*, p. 33.

social y régimen de derecho;¹⁶ la falta de legalidad en sus acciones;¹⁷ y, su constante referencia a las reglas o normas establecidas en las relaciones de poder. Por ello, uno de los aspectos centrales del estudio de la cultura política es el análisis de la disputa social en cuanto a la validez del estado de derecho,¹⁸ donde la dinámica del conflicto es un indicador de la flexibilidad del sistema político y permite establecer los alcances o límites del autoritarismo. No obstante, la confrontación sociopolítica no necesariamente hace referencia explícita a las reglas o normas establecidas.¹⁹

La apelación a la estabilidad, el desarrollo social, la linealidad del campo y los cambios dosificados y controlados; al sacrificio del presente por el futuro y la arbitrariedad -resultado de la debilidad en la formación de una cultura política democrática que vaya más allá de la cultura cívica

¹⁶ Federico Reyes Heróles, *El poder: la democracia difícil*, Ed. Grijalbo, México, 1991, p. 46-48.

¹⁷ Quizá por lo anterior, uno de los aspectos que están transformando la vida política nacional es la búsqueda de la legalidad. La demanda de que el Estado cumpla con el marco jurídico nacional, que desde cierta perspectiva podría ser considerada profundamente conservadora debido a su defensa del marco legal existente, resulta profundamente innovadora en contraste con la ilegalidad de múltiples acciones del gobierno.

¹⁸ Es por ello que Castillo Peraza, en una entrevista realizada con relación al conflicto del puente fronterizo de Ciudad Juárez, afirmaba que la acción emprendida por el Muncípio, si bien no estaba legalmente sustentada, tenía como propósito demostrar la irracionalidad de la normatividad vigente.

¹⁹ Por supuesto, también puede considerarse a la ley como un discurso del conflicto, además de ser una forma de orden coercitivo sustentado en reglas y decisiones sobre la vida social. Cf. Andrew Arno, *op. cit.*, p. 42.

y se extienda a todos los niveles de la vida social-²⁰ son expresiones del autoritarismo. El ejercicio y mantenimiento del poder del Estado por parte de quienes lo controlan es el espacio antidemocrático y autoritario por excelencia, ya que en éste los gobernantes y su burocracia frecuentemente viven en una especie de limbo donde, como nos dice Federico Reyes Heróles:

pasean las almas de los patriarcas incomprendidos por sus pueblos. Ellos saben que serán redimidos algún día. En él, las justificaciones de lo que quiere ver como pequeños y necesarios actos antidemocráticos se reproducen con apabullante facilidad.²¹

Pero habría también que reconocer este tipo de actuaciones en integrantes y dirigentes de muy diversas organizaciones.

Por lo anterior, ¿no es acaso el autoritarismo parte de la cultura política? aunque, por su naturaleza, sea en la relación entre el Estado y la sociedad donde se manifiesta más claramente.

Entre las dificultades para lograr una cultura democrática destaca la similitud de valores que se comparten en el ámbito de las relaciones políticas, donde el autoritarismo puede o no ser percibido como tal, dependiendo de los elementos asociados a su valoración. Uno de los puntos centrales para su percepción se ubicará en

²⁰ En lo que se refiere a los elementos pasivos que permiten el ejercicio del autoritarismo, quizá sean la apatía y el cinismo, dos de los más característicos, aunque su estudio y definición antropológica estén por elaborarse.

²¹ Federico Reyes Heróles, *op. cit.*, p. 44.

los espacios de acuerdo intersubjetivo que establezcan quienes pueden mandar, sus espacios de influencia y el alcance o límites del ejercicio del poder por quienes lo detentan.²²

El autoritarismo también se suscita en el sentido común como pieza central de la hegemonía. En una visión del mundo carente de crítica y reflexión, resultado de experiencias afectivas y cognitivas a nivel de la familia, las creencias religiosas y las actividades laborales.²³ Las consecuencias políticas del sentido común, como una primera relación entre sentimiento y pensamiento, se contruyen a partir de las realciones cara a cara con quienes detentan el poder en los diversos ámbitos de la experiencia social de los individuos. El sentido común no es solamente el resultado de una *cultura política*, sino de una perspectiva específica del poder. Bordieu ha contruido el concepto de *habitus* como sistemas durables de disposiciones que actúan como principios que organizan prácticas y representaciones sin que necesariamente dichos principios sean conscientes,²⁴ que se conjugan con aspectos tales como la identidad de los actores sociales y su interrelación con la sociedad y el mundo político.²⁵

Las experiencias cotidianas son centrales para establecer las formas en que se apprehende la realidad inmedia-

ta.²⁶ En la actualidad, como ha mostrado Michael Mann para el caso de la clase obrera en Inglaterra, los patrones normativos en la sociedad tienden a ser heterogéneos e inconsistentes y, por tanto, los trabajadores ingleses aceptan pragmáticamente el orden social ante la falta de alternativas,²⁷ más allá de las convicciones o verbalizaciones de sus valores perceptivos acerca de la sociedad. Esta situación muestra los límites que deben tomarse en los estudios que analizan los *valores* democráticos o autoritarios en una sociedad. Su proliferación -que parecería resultado de su eficacia explicativa- oscurece el hecho de que la cultura política no únicamente abarca los deseos o principios que expresa un sector, grupo o muestra estadística en cuanto a conocer sus derechos o enunciar apropiadamente los principios de convivencia bajo los cuales la sociedad *debe* estructurarse, sino las posibilidades de que ello suceda con base en la acción social. Esta situación obliga a diferenciar el desarrollo de los procesos políticos -los procesos políticos en acción- de las verbalizaciones de quienes son encuestados o entrevistados. No hacerlo puede conducir a una percepción equivocada de los procesos políticos.

Las declaraciones normativas no necesariamente están asociadas a las acciones que los individuos u organizaciones muestran en la escena política. En ésta entran en juego procesos

²² Eduardo Seda, *op. cit.*, p. 295.

²³ Daniel T. Linger, "The hegemony of discontent", *American Ethnologist*, Vol. 20, N. 1, February, 1993, p. 16-17.

²⁴ Pierre Bordieu, *The Logic of Practice*, California, Stanford University Press, 1990, p. 53.

²⁵ Guillermo de la Peña, *op. cit.*, p. 97.

²⁶ Renato Rosaldo, *Cultura y Verdad*. Ed. CNCA-Grijalbo, México, 1991, p. 143.

²⁷ Cf. Perry Anderson, *op. cit.*, p. 57.

de construcción de sentido que se sustentan en evaluaciones cuyos componentes son, en mayor o menor grado, coyunturales y específicos. Lo anterior tiene, a su vez, implicaciones en el proceso de investigación, ya que técnicas tales como la encuesta empleada para establecer, por ejemplo, los valores democráticos de un determinado sector de la población, si bien pueden ser indicativas de los ejes bajo los cuales se establecerá el juego político, no dan cuenta de la cultura política entendida como un conjunto de signos, símbolos y significados que actúan en las relaciones de poder.²⁸

Desde los años sesenta, Fagen y Tuhoy²⁹ ya habían advertido sobre este punto cuando encontraron que un poco más del 90% de sus entrevistados en Jalapa, Veracruz, estaban de acuerdo con enunciados tales como *la democracia es la mejor forma de gobierno, los funcionarios públicos deben ser elegidos por voto mayoritario o todo ciudadano debe tener igual posibilidad de influir en la política gubernamental*. En términos prácticos, encontraron que los jalapenses mostraban actitudes autoritarias. Por el contrario, Booth y Seligson, quienes estudiaron la cultura política democrática con base en dos principios generales: apoyo a un sistema de

amplia participación política y el apoyo al derecho de las minorías a disentir, afirman:

nuestros datos sugieren que no se puede explicar la naturaleza autoritaria del sistema político mexicano como consecuencia de una cultura política autoritaria entre la población. Si nuestros datos reflejan de manera general las actitudes de la población en general, debemos concluir que los mexicanos apoyan fuertemente las libertades civiles básicas, un patrón lejano de la cultura política autoritaria que se ha creído que existe en México. Nosotros hemos demostrado que en tres dimensiones separadas, los mexicanos urbanos tanto de clase media como baja muestran un fuerte apoyo por las libertades democráticas.³⁰

Ante las visibles contradicciones en los resultados de ambos estudios, parece difícil sostener el análisis de la cultura política sustentándolo únicamente en el estudio estadístico o en la *imaginación estadística*, donde:

la sociedad es concebida como población, una entidad delimitada y cuantificable posible, o que incluso demanda, procedimientos de medición desagregándose en múltiples formas, ordenando y dividiendo personas, cosas, o compartimientos en grupos... Más que una técnica administrativa de extracción o distribución de recursos, la estadística se ha convertido en una herramienta en la elaboración de la subjetividad moderna y la realidad social.³¹

²⁸ Por ejemplo, el libro de Alberto Narro y Luis Hernández, *Como somos los mexicanos*, UNAM, 1987, y el texto de Raúl Béjar y Héctor Capello, *Bases teóricas y metodológicas en el estudio de la identidad y el carácter nacionales*, CRIM-UNAM, 1990.

²⁹ Cf. Richard Fagen y William Tuhoy, *Politics and Privilege in a Mexican City*, Stanford, Stanford University Press, 1972, p. 113, en John A. Booth y Mitchell A. Seligson, *op. cit.*, p. 110.

³⁰ John A. Booth y Mitchell A. Seligson, *op. cit.*, p. 118.

³¹ Jacqueline Urla, "Cultural politics in an age of

El análisis estadístico, especialmente el que se refiere a valores y preferencias electorales, se acerca más a los propósitos de la construcción de la subjetividad como una forma de discurso público, que a un procedimiento que permita valorar cuestiones tales como cultura política. Si bien su eficacia para predecir, inducir o generar un consenso previo sobre los resultados electorales no ha sido suficientemente estudiada, consideramos insuficiente deducir de los resultados de las encuestas una cultura política.

Entender el autoritarismo en nuestro país implica estudiar cómo se constituye el orden social. Los sentidos sociales se producen por la acción fluctuante entre el consenso y la generación de nuevas metáforas y sentidos. La cultura política se estructura en los espacios de interacción donde se intenta imponer diversas formas de nombrar y clasificar.³² En consecuencia, las adscripciones políticas son dinámicas y cambiantes. Por ello, uno de los aspectos centrales de la política está relacionado con el control de la comunicación, misma que permitirá transformaciones más o menos radicales en la percepción de las relaciones políticas. En el espacio de la lucha entre partidos políticos -por ejemplo- incidir en el electorado potencial, hace indispensable establecer *campos*

de significación social.

La valoración de ciertos aspectos de la tradición por parte de diversos sectores sociales, puede ser el fundamento sobre el cual se construyen sistemas de oposición o identidad política, sin que dichos aspectos hayan sido necesariamente centrales en el proceso de construcción de su identidad histórico-social como, por ejemplo, la religión. Tocqueville postulaba que gran parte de la existencia del sistema democrático en Estados Unidos era resultado de su religiosidad (cuestión por lo demás no demostrada, así como tampoco las posiciones en contra). Sin embargo, el papel que las religiones han jugado en la conservación de valores, tradiciones y/o en el fortalecimiento de estructuras democráticas³³ ha sido, al menos, distinto y contradictorio. Piénsese en el caso reciente de Polonia o en la Teología de la Liberación.

Ahora bien, ¿Cuáles serían los elementos más generales que se juegan en el espacio de la cultura política? De manera preliminar podríamos decir que la historia particular de nuestro país ha dado como resultado la construcción de un nacionalismo no necesariamente relacionado con la formación de una estructura política democrática. El obstáculo fundamental para la democracia ha sido la bandera enarbolada durante tantas administraciones gubernamentales de que la prioridad *es construir* un proyecto de nación que *surgió* del ideario de la revolución mexicana (como si hubiera sólo uno).

statistics: numbers, nations and the making of Basque identity" en *American Ethnologist*, Vol. 20, No. 4, November, 1993, p. 820.

³² Pierre Bourdieu, "La ideología como representación", en Gilberto Giménez, *La teoría y el análisis de la cultura*, SEP/COMESO/Universidad de Guadalajara, México, 1987, p. 475 y ss.

³³ Martin Lipset, *op. cit.*, p. 36-37.

Existen, al menos, tres vertientes del nacionalismo que matizan la cultura política nacional en nuestro país: el primero que se ha denominado nacionalismo por resistencia³⁴, es la historia común de Latinoamérica, y surge como oposición a los Estados Unidos en países como México.³⁵ Se fortalece en la historia de liberación del colonialismo norteamericano por parte de otras naciones y se fundamenta, a partir de los años sesenta, en teorías como las de la dependencia. La propuesta nacionalista está apuntalada en la oposición a la integración económica y cultural, y se sustenta principalmente en el fortalecimiento económico a partir del desarrollo interno.

El segundo, que está generalmente relacionado con el poder, pero también con la búsqueda del mismo, es el nacionalismo por conveniencia. Impregnado de nociones extraídas del nacionalismo por resistencia, como son la necesidad de la soberanía nacional y la independencia del país, sostiene que la democracia es un ideal a conseguir, pero para obtenerla se requiere impulsarla dosificadamente o, de plano, posponerla en aras del interés organizativo, partidario, institucional o nacional por la independencia, la soberanía y el desarrollo económico. Estas dos últimas nociones -generalmente presentes en el discurso autoritario- se emplean para

justificar desde la necesidad de fortalecer (o debilitar) una organización o partido político, hasta el fraude revolucionario, pasando por el apoyo de senadores y diputados a la política económica del gobierno en turno, no obstante los reclamos de quienes los han elegido y que no parecen *entender* los beneficios y bondades de dicha política.

El tercero es el nacionalismo ciudadano. Aquel que se expresa de manera clara a partir de 1988, y despoja al Estado y al partido oficial del monopolio del nacionalismo, imprimiéndole sentidos diversos, muchos de los cuales están todavía en proceso de construcción. En general hace referencia al derecho de los distintos grupos sociales a un país donde cada uno de ellos tenga un lugar mejor. Aquí se expresan tanto el nacionalismo empresarial como el del habitante de la ciudad.

El planteamiento de la democracia en el país, es resultado de una pérdida de legitimidad, entendiendo por ella la generación del acuerdo o la creencia de que las instituciones políticas existentes son eficaces en términos instrumentales -y por tanto una evaluación negativa de su existencia con base en los valores que los diversos grupos de la sociedad detentan.³⁶ En México, dicha pérdida, parece ser el resultado de los profundos cambios que resultan de modificaciones en la estructura económica-social del país. La crisis económica y el programa

³⁴ Federico Reyes Heróles, *op. cit.*, p. 33.

³⁵ Estamos pensando en el nacionalismo construido a partir de Lázaro Cárdenas. Nacionalismo que tiene como característica principal la aceptación del liderazgo autoritario y, a la vez, el apoyo de múltiples sectores sociales.

³⁶ Martín Lipset, *op. cit.*, p. 67.

neoliberal implantado desde el sexenio de Miguel de la Madrid, provocan una serie de cuestionamientos que ponen en entredicho las instituciones y estructuras de dominación tradicionales. Mismas que, ya desde el sexenio de López Portillo, se vieron afectadas por la ruptura gubernamental con diversos sectores sociales. Así, muchos de los sectores de la sociedad mexicana que tradicionalmente habían sido corporativizados por el estado, perdieron espacios y eficacia política, no obstante sus reclamos y exigencias por continuar ocupando espacios de influencia. Este proceso se conjunta con la creciente organización de ciertos grupos de la sociedad civil que pretenden alzar su voz para incidir en decisiones político-económicas del Estado.³⁷

Las nuevas expresiones políticas han puesto en una encrucijada al Estado, ya que no parecen responder a las estructuras de gobierno establecidas. No se trata de sindicatos, ni de partidos políticos, sino de organizaciones de diversa índole que se inte-

gran a partir de demandas específicas como son seguridad pública, servicios, espacios de recreo y culturales y el respeto a la normatividad de uso del suelo urbano.³⁸ Desean intervenir en las decisiones gubernamentales relacionadas con los espacios que habitan y son difíciles de catalogar como nuevas identidades -si consideramos como un aspecto de la identidad social al menos cierta continuidad- en la medida en que muchas son coyunturales y con perspectivas a corto plazo. Su disolución acontece, por lo general, cuando las demandas han sido satisfechas.

Se perfila así un cambio a mediano plazo en las relaciones tradicionales de poder, que deberá estudiarse con detenimiento. Este hecho aunado al resurgimiento de la preocupación por los procesos políticos que ha vivido el país en la última década y particularmente en los últimos dos años, han convertido la cuestión de la cultura política en el punto medular para hacer más democrático al México de hoy.

³⁷ Martin Lipset, *op. cit.*, p. 67-69.

³⁸ Recuérdese por ejemplo, el movimiento de los vecinos de la Colonia Roma para evitar la presencia de la policía judicial federal en un edificio de la calle Alvaro Obregón.